

Horacianas.

La fidelidad une al traductor inglés Gladstone con el argentino.

Así se explica que en las traducciones de Gladstone como en las de Mitre haya sus inversiones y construcciones más o menos obscuras. Ambos han querido ser el espejo fiel del poeta latino. Mas ¿cómo lograrlo, ni el uno con su violento y elíptico inglés, ni el otro, aun con las ventajas del español, dado los inconvenientes que hay para que exista un buen consorcio entre las musas y los hombres que manejan los asuntos del Estado, y siendo como es la política muy poco compatible con las músicas de la lira?

Los Gobiernos, sobre todo los Gobiernos democráticos, han ignorado siempre — ¡cuando no han sido fatales para ellos! — a los grandes

artistas. Algunos célebres conquistadores guerreros y reyes han tenido a bien recrearse con el cultivo de las artes y de las letras. Lino enseña a Horacles a tocar la lira; Alejandro lee a Homero; Napoleón no desdeña rimar alejandrinos; Enrique IV invoca el amor en versos; Carlos IX versifica; *Un ingenio de esta corte* hace comedias. El general Carnot, que hizo canciones, despide líricamente a Felicidad Glairoz, que parte para París de Magdeburgo:

Félicité nous est ravie;
 Mon cœur en est desconcerté;
 Les Ris, les Graces l'ont suivie;
 Pour nous plus de félicité.
 Que le tendu amour l'accompagne
 O dieu des cœurs, par charité
 Ramène-nous notre compagne
 Rends-nous notre Félicité.

En nuestros días, reyes y hombres ilustres de la política no han tenido a mal frecuentar un poco la lira: León XIII, D. Pedro II del Brasil. En las cortes europeas hay más de una *bas-bleu* conocida. La misma reina Victoria ha escrito su

librito de recuerdos. El rey Humberto es un regular dantista, según se asegura. El rey de Grecia versifica; el emperador de Alemania acaba de dar a luz su *Canto de Aegir*...

En cuanto a los hombres de Estado, Gambetta hacía versos; Bismarck no echa en olvido sus clásicos. En España, Cánovas tiene alto puesto entre los académicos poetas.

En Inglaterra es más común encontrar al político-literato. En todo inglés de cierta cultura está el *scholar* que duerme... Un periódico inglés pregunta con motivo de la reciente publicación del *Horacio*, de Gladstone: «¿Gladstone es el último de los hombres de Estado que combinan el estudio de los clásicos con la política? Las citas latinas son ahora raras en las Cámaras y en los discursos electorales. El griego ha sido casi excluído. Desde luego, la poesía en general hace mal *ménage* con la política moderna. Los versos que se citan son sacados probablemente de la ópera cómica... Felizmente, varios de nuestros hombres de Estado más en boga se distinguen por otras cualidades que las del político.»

No son muchos, por cierto, los casos que pueden citarse en nuestras Repúblicas americanas de hombres públicos que tengan amor a las letras y las cultiven. Sin referirnos, por supuesto, a los diletantismos gramaticales de Guzmán Blanco — apenas podemos recordar uno que otro nombre —. Entre los primeros, el del actual jefe de la República de Colombia, Dr. Miguel Antonio Caro, a quien se debe, como es sabido, la mejor traducción de *Virgilio* en lengua castellana; el del inolvidable e ilustre Dr. Rafael Núñez, que aun en los más agitados períodos de su vida de repúblico no pudo olvidar el cultivo de las letras; el de otro presidente, el del Ecuador, Dr. Luis Cudero, que es poeta, filólogo y americanista consumado, y que ya en el ejercicio del alto cargo que hoy desempeña envió al Congreso de Huelva en 1892 la contribución de un valiosísimo *Diccionario quichua*, y el del general Bartolomé Mitre, que después de una larga vida de brega y triunfos civiles y militares, ofrece ejemplos de constancia, laboriosidad y vigor intelectual incomparables, obras como su versión com-

pleta del Dante, sus estudios lingüísticos y los frutos menores de sus descansos y vagares.

Esos ejemplos son honra para el continente—y deben parecer cosas extrañas para el europeo— con justicia prevenido desde antaño contra nuestro modo de ser moral y nuestra cultura — que mira realizar tamañas empresas y brillar intelectualmente a varones semejantes en el país de los sargentones y de los *rastas* — ¡virgen del mundo, América inocente!

Y noble y trascendental lección da el traductor americano de la *Divina Comedia* a la generación que hoy se levanta en su patria, al ruido de tanto tráfico comercial y tanta agitación política y tanto y tan funesto olvido del espíritu. Bien habló a ese respecto en estas columnas de *La Nación*, de Buenos Aires, el Dr. Magnasco.

Todos los intelectuales se quejan del actual decaimiento.

La mayor satisfacción para un hombre de letras—por no decir la única—es que sus producciones sean discutidas, criticadas y leídas. No ha mucho hemos visto a nuestro general

Mitre al pie de una enorme, formidable montaña, a cuya cima se asciende por escalones de granito, de hierro, de oro, de diamante, de desconocidos metales astrales: la montaña dantesca. Al poner el pie en el primer escalón: *Nel mezzo del camin...* alzó la vista a la altura y llenóle de temor la emprendida ascensión; no lejos vió llameante el infierno, *en donde pensó quedarse como traductor si le alcanzaba la condenación que acompaña a los traductores infieles: traductore traditore;* más allá los prodigios del Purgatorio; en la cumbre la gloria divina, la inmortal aurora del Paraíso. Y poseído de la fe en el arte y en su poeta, siguió hacia arriba, escalón por escalón, terceto por terceto, hasta poder escribir ya en la cima, después de esfuerzos admirables, el verso ansiado de la coronación de la obra. *El amor que al sol mueve y las estrellas.* Después de todo, ¿quién sabe si refresca y halaga más a esa frente marcada por la guerra el fresco y verde laurel de los poetas que las coronas ganadas en las luchas tribunicias o las palmas de las batallas?

Carlos Ezeta en Monte-Carlo.

Epílogo de la «Historia negra».

El autor de estas líneas, a raíz de la traición que elevara a los hermanos Ezeta al Poder en la República del Salvador, publicó en Guatemala un folleto con el título de *Historia negra*: contiene la narración exacta de los sucesos en que fué víctima lamentada el presidente Menéndez.

Cinco años después amplió aquellas apuntes en un artículo que apareció en las columnas de *La Nación* a propósito de la caída de los Ezeta.

Los lectores de este diario están, pues, al corriente de los acontecimientos en que tanto se ha hecho sonar la tan famosa tiranía bicéfala de aquel pequeño país centroamericano.

El cable nos ha comunicado el escandaloso y ridículo epílogo de la *Historia negra*, haciendo saber al mundo cómo los millones acaparados por «el hombre del 22 de junio» se han evaporado en la ruleta de Monte-Carlo.

En cinco años de Poder, Carlos y Antonio Ezeta, que antes de la traición no tenían sino sus sueldos de militares, se convirtieron en millonarios: casa en Madrid, estancias en El Salvador, rentas, depósitos en el Banco de Londres.

Recientemente la Asamblea salvadoreña ha ordenado la instrucción del largo proceso.

Cuando huyeron a los Estados Unidos los dos hermanos, les fueron embargadas por el Gobierno de Gutiérrez las propiedades que tenían en el país.

Siguiendo las huellas de todos los ex presidentes de la *Pepa*, Carlos se dirigió a París a gozar de su dinero, en tanto que Antonio estaba preso en San Francisco de California, a pedido del Gobierno salvadoreño, que negociaba su extradición.

Ésta no se pudo conseguir, y Antonio, ya libre,

se dirigió a Méjico, en donde creía encontrar apoyo en Porfirio Díaz.

Parece que cuando estuvo a punto de estallar la guerra entre Méjico y Guatemala, Antonio Ezeta ofreció sus servicios a la primera nación, con esperanzas de poder después recibir auxilios para revolucionar El Salvador.

Uno y otro hermano hicieron más de una vez que el cable comunicase de ellos poco honrosas noticias: ya era Carlos humillado y afrentado en un teatro de París por un colombiano a quien persiguiera durante su tiranía; ya era Antonio haciendo el D. Juan Tenorio con doncellas de labor en el paso del tío Samuel. Mucho tuvieron que hacer los lápices de los caricaturistas

Esparcidos por todos lugares, después de la *débâcle*, los ex seides de los Ezetas, tenían encargo de comprar a la Prensa extranjera poco escrupulosa. La diatriba y el odio se multiplicaron contra los antiguos amigos de Menéndez y los vencedores de la revolución encabezada por Gutiérrez. El autor de la *Historia negra* no fué de los menos atacados; y hasta la superchería de

una falsa muerte fué propagada por diarios como *La Estrella de Panamá*.

Mientras Antonio Ezeta pretendía inútilmente que Porfirio Díaz le ayudase a recuperar el Gobierno perdido, Carlos se divertía.

Sin la distinción y la habilidad de un *rasta* de alto vuelo, de un ilustre americano, no podía aspirar a casar a sus hijas con un Morny, ni a figurar en el *tout Paris*, en manera alguna. Dedicóse a gastar sus millones, y la vida parisiense le fué fácil para ese objeto.

Mas el nabab iba quedándose cada día con menos rentas, y buscó refugio en Monte-Carlo. Monte-Carlo le ha llevado a la ruina, ruina pregonada por la Prensa del mundo.

Es un hermoso capítulo de *Los presidentes en el destierro*, novela que espera un Daudet, corregida por un Juvenal.

* * *

Es, en verdad, digna de estudio la vida política de esos países centroamericanos. *Sauth América* no cuenta con ejemplares tan admirables de

perfecta tiranía. ¿Luego no es asombroso que de Republicitas cuyos habitantes son los de un barrio de Buenos Aires, puedan extraer esos tiranuelos dineros con que ufanarse varias veces millonarios?

Un día Emilio Castelar ofrecía en su casa de Madrid un almuerzo al representante de una República centroamericana, antiguo colaborador de *La Nación*. Como éste viese en una panoplia, entre varios retratos de celebridades universales, uno de Carlos Ezeta, dijo, poco más o menos, al célebre tribuno :

—Voy, señor, a buscar en Madrid un retrato de San Martín o de Bolívar, de Bello o de Andrade, para que esté quien debe estar en el lugar que ocupa en esa panoplia el presidente del Salvador. ¿Sabe usted la historia política de Carlos Ezeta?

Sonriente, Castelar se dirigió a un amigo suyo, invitado al almuerzo, el Sr. Albarzuza, que después ha sido ministro :

— Esos países, esos países están aún en estado primitivo.

Y continuó en larga peroración, con su manera siempre oratoria y maravillosa. Habló de las frecuentes revoluciones americanas, de las tiranías nuestras desde Rozas hasta los Ezetas, pasando por Guzmán Blanco y Rufino Barrios y Zaldívar.

Bien enterado de nuestras agitaciones y pequeñas, disertó de modo magistral, concluyendo, optimista, por augurar un tiempo mejor. Y en cuanto a la particularidad del envío del retrato de Ezeta, habló de la pomposa dedicatória y de cómo no era el primer retrato de mandarín americano que hubiera recibido con dedicatorias semejantes.

El retrato del tirano salvadoreño le había llegado por medio de los hijos de su amigo Carlos Gutiérrez, el millonario de San Sebastián, los cuales eran agregados, si mal no recuerdo, a la Legación del Salvador, presidida por Enrique Soto.

De este ministro contó aventura tan peregrina, que quizá jamás se haya visto cosa semejante. Consultaba, nada menos, con Castelar la manera

de ser recibido por la reina Cristina *sin pronunciar el discurso correspondiente...*

¡Y cómo reía el maestro cuando narraba el caso!

Naturalmente, el embajador Carlos Ezeta tuvo que pronunciar su discurso después de ser introducido por Zarco del Valle.

La compra de una casa-palacio en Madrid, según dices, fué hecha por un capitán Francés y Roselló, o un señor Jerónimo Pou, ex secretario de Ruiz Zorrilla: Pou y Francés ayudaron a los Ezetas en su traición, estando ambos en aquel tiempo encargados de la Escuela Militar de la capital salvadoreña.

* * *

Antes de Carlos Ezeta, la América Central ha tenido excepcionales ejemplares de tiranos, comenzando con Carrera y acabando con Sacasa.

La unión de las cinco Repúblicas sería el comienzo de una verdadera regeneración; pero las ambiciones personales y los intereses de partido

dificultarán por mucho tiempo el sueño de Morazán, de Cabañas y de Jerez.

Los *pronunciamientos* tienen por hoy raíces inextirpables, y de ellos no se libran Gobiernos buenos ni Gobiernos malos.

El imperio del militarismo triunfa, y los presidentes de las Repúblicas no están seguros ni de los mismos jefes de sus guardias de honor.

Y no hay entre ellos más diferencia que la de la honradez: Menéndez o Ezetas.

Nansen.

En las columnas de *La Nación*, con su estilo brioso y nervioso, hace ya algunos años narró José Martí la leyenda de los héroes del Polo, cuando Greely volvía de su odisea; la leyenda real y vivida, que es hermosa y trágica, de la cual es hoy héroe nuevo y triunfante el escandinavo Nansen, al cual recibió con palmas y músicas y discursos y versos su buena tierra de Noruega cuando volvió de la aventura de su *Fram*, después de haber explorado el misterio del círculo polar.

Contada por el mismo Nansen van a ver nuestros lectores la historia extractada de su empresa: la historia completa y detallada la compró una casa de Inglaterra en 25.000 libras esterlinas.

Ese compatriota de Ibsen, doctor y mariner,

astrónomo y herbolario, dice con sencillez lo que le aconteció en las nieves, cómo la aurora boreal lucía, cómo la morsa atacó el cayak, cómo vino el oso blanco hacia él. Y en él hay un soplo atávico de aquellos marinos que de su país se dice vinieron antes que nadie al mundo de América; y de los pescadores de ballenas y bacalaos, que en las tempestades hallaran siempre su elemento, hechos al peligro y a la penuria; y de los seres cuasi fantásticos, que se ven grandes y fuertes en las tradiciones populares, o pasan, extraños, bajo las arcadas de hielo de ciertos poemas bárbaros de Leconte de Lisle.

Él partió con fe y valor, bien provisto y acompañado de gente escogida; y no falló su cálculo que lo llevara hasta donde ningún hombre ha llegado en los fríos del Norte. Él realiza Julio Verne, él hace sus cosas como para que se cuenten a los niños y los poetas de más tarde hagan poemas con esas prodigiosas cosas. Las gentes le señalan cuando le ven: «Ese es el hombre que ha vuelto del infierno blanco.» Y en verdad que es su viaje dantesco, de un dantesco real y

terrible, que ejecuta la fábula. Sus narraciones tienen el llamativo de las novelas de la imaginación; Marco Polo del Polo nos cuenta cosas naturales que nos parecen cuentos de Simbad, y nos imaginamos su existencia en el desierto blanquísimo, adonde va guiado por una ciencia que parece poesía.

Y porque fué al viaje peligroso, a exponer la vida por su sueño, y comió galleta dura y carne del oso blanco, y bebió café sin azúcar en una casa de nieve, y cuidó a sus buenos perros, y vió la noche larga y la milagrosa luz magnética, anda ahora dando conferencias y haciendo libros, que vende como diamantes, y come el faisán con el rey y recibe el cheque del yanqui. Porque es persona de honra y provecho; y el viejo Ibsen dicen que estaba rezongando entre dientes cuando la fiesta de Christianía.

¿Pues no habrá que honrar y celebrar a estos buscadores de desconocido? Nansen realiza su poema; él es su personaje principal, con un decorado de Snow, al brillo pálido del sol de media noche.

Óigase su narración parca, de sujeto de obra y hecho; no todo es número y grados; de repente el interés acrece de un modo vibrante, y en medio del silencio polar, fijaos cómo el doctor canta en cuatro líneas la llegada de la primavera.

TRADUCCIONES